PREMIO CATEGORIA C
OLGA SÁENZ FERNÁNDEZ

TRAS LAS murallas DE Calagurris

70ac

Ciudad de Calagurris, año 70 a.C

Las risas y los juegos de los niños resonaban en la fuente de la plaza principal ese verano caluros y seco. Solo ellos vivían ajenos al asedio de los romanos sobre la ciudad de Calagurris. Octavius era un niño de 10 años, alegre y sano. Tenía un hermano mayor y una hermana de ocho meses de edad. Appius era su mejor amigo, un año menor que él, pero el más alto de toda la pandilla.

De repente, los niños vieron una lluvia de flechas caer sobre la plaza y asustados se refugiaron en las cuadrigas cercanas a la plaza.

¡Los romanos!, ¡los romanos! -chillaban- ¡nos atacan! Rápido cerrad la muralla.

Esa imagen no podría borrarse nunca de la mente de Octavius. Estaba agarrotado, temblando y aguantando las ganas de llorar para que no lo vieran sus amigos.

¿Dónde estarán mi padre y mi hermano? - Le dijo a su amigo.

Appius era huérfano y tenía un hermano legionario luchando en Roma. La última vez que lo vio tenía solo 5 años. Todavía recuerda el día lluvioso y frio en que se fue con su pilum y su uniforme.

- Vámonos, - dijo Octavius, cuando cesó la lluvia de flechas.- Corre, vamos a mi casa.

Antes de llegar oyeron un murmullo cada vez más intenso en el planillo de San Andrés. Al doblar la esquina vieron varias decenas de hombres armados con palos, antorchas y todo lo que tenían por casa dispuestos a defender su ciudad con uñas y dientes.

Sorprendentemente una mujer era la que, subida a una roca, alentaba a los hombres a luchar y dar su vida por su ciudad. A Octavius se le erizó el bello al ver ahí a su padre y a su hermano armados y dispuestos a luchar contra los romanos.

Al llegar a casa se encontraron a su madre dando de mamar a su hermana. Por la ventana se podía ver el campamento que a quinientos pasos habían levantado los romanos al atardecer. Más de doscientas hogueras iluminaban todo el valle.

-¿Dónde estabais? -Preguntó Atia, la madre de Octavius, con los ojos rojos y vidriosos. En la fuente, dijo el chaval, vimos las flechas y nos metimos en las cuadrigas de la plaza.

Appius con cara de no haber hecho una diablura en su vida preguntó: - ¿Hay algo que podemos comer?, estamos hambrientos. Atia dejó a la niña en su jubón y les sacó una taza de leche de cabra y un trozo de pan a cada uno.

-Comeros esto y dormiros, que hoy va ser una noche muy larga.

Los niños no podían dormir. Los ruidos del campamento romano no cesaron hasta bien entrada la noche.

El primer rayo de sol despertó a Octavius, que vio a su amigo durmiendo a pierna suelta al lado suyo haciendo unos ruidos indescriptibles con la boca. -Despierta Appius,- le dijo a este dándole un codazo en las cotillas, - vamos a la plaza a ver qué pasa.

Corriendo fueron a la plaza mayor, pero al llegar se encontraron con que estaba desierta. Los hombres habían pasado la noche en las murallas de la ciudad esperando el tan temido ataque romano.

Mientras tanto, en las murallas, una desigual batalla se estaba llevando a cabo entre los soldados de las legiones romanas y los campesinos armados con palos y piedras.

La mujer a la que el día anterior habían visto Octavius y Appius alentar a los hombres de la ciudad luchaba encarecidamente con una espada en una mano y con una daga en la otra. Tenía los brazos manchados de sangre, el rostro y el pelo eran una desagradable mezcla de sangre sudor y lagrimas de impotencia al ver como los romanos se iban apoderando de su ciudad.

Octavius y su amigo llegaron a las murallas justo en el momento en el que una lluvia de flechas cayera sobre la muralla. Un ahogado grito salió de su garganta. Su padre estaba en el suelo con una flecha clavada en el estomago y otra en una pierna; unos pasos más allá su hermano yacía en el suelo rodeado de un gran charco de sangre.

De repente, la desconocida mujer empezó a chillar:- ¡Retirada, retirada! Y una centena de hombres huyeron desesperadamente a esconderse en los árboles y los campos contiguos.

Octavius le dijo a Appius:- Corre, vete a esconderte y cuando se oculte el sol quedamos en el arco de San Andrés, yo voy a cuidar a mi madre y a mi hermana.- No, mejor vamos juntos.- Dijo Appius.- No pienso dejarte solo amigo.-Está bien corre.- Contestó Octavius.

Cuando los niños llegaron a la casa las mujeres del pueblo huían sin saber muy bien a donde. Llevaban unos hatillos con sus escasas pertenencias y a los hijos de corta edad en brazos o andando a su lado.

Atia estaba recogiendo las pocas cosas de valor que tenía y atando las 3 cabras que les proporcionaban leche todos los días

-No madre, no huyas, no tenemos escapatoria- dijo Octavius. He visto como esos malditos romanos mataban a padre y a Petrus.

Atia, llorando, cayó de rodillas al suelo maldiciendo a los Dioses romanos y a los soldados que habían matado a su marido y a su hijo.

-¿Qué podemos hacer ahora?- Dijo su madre sollozando.

-Quedémonos madre, este es nuestro lugar.

Entre los tres cogieron las pocas cosas de valor que les quedaban, algo de comida y se fueron temiendo encontrarse algún romano por las calles de la ciudad. La madre llevaba a su hija en su pecho con un extraño nudo que había hecho en su túnica y sobre el

hombro un hatillo con 4 pocillos de madera, un cuchillo y unos zoquetes de pan duro.

A escondidas, se internaron en el bosque y esperaron a que el Sol diera paso a una luna llena que, por suerte o por desgracia, iluminaba aquella noche estival. Octavius hizo una hoguera con unas ramas secas, como le había enseñado su padre uno de esos días en los que los dos solos se iban a pasar la noche al bosque y a pescar en el río.

De repente la madre dijo: -chssss silencio, he oído un ruido.

En ese instante aparecieron de entre unos arbustos dos hombres, uno de ellos herido. Al acercarse pudieron ver que eran Petrus y Cayo, dos vecinos del pueblo que huyendo de las murallas. Se habían escondido en el bosque. Atia lavó las heridas del hombre e hizo un emplaste con unas raíces que Appius recogió del bosque cerca del río. Permanecieron varios días sobreviviendo a base de truchas, plantas y raíces comestibles; mientras, los romanos no dejaban de llegar a la ciudad con carros de bueyes para arar la tierra.

Cuando Petrus se recuperó de sus heridas, se dirigieron a un pueblo cercano llamado Rinconus de Sottus, allí consiguieron reunir varios centenares de hombres dispuestos a luchar para expulsar a los romanos de Calagurris.

El día siete del noveno mes del año setenta a. C. los cerca de ochocientos hombres armados con toda clase de objetos puntiagudos y herramientas para el campo atacaron la ciudad de Calagurris aprovechando la noche y esa Luna creciente que les proporcionaba la oscuridad necesaria para llevar a cabo su misión.

Dos días y sus noches fueron necesarios para lograr echar a los romanos fuera de la ciudad.

Las fuerzas estaban muy menguadas debido a la dureza de la batalla, muchos fueron los que no lograron sobrevivir a ella.

Octavius, Appius y aquella misteriosa mujer, tuvieron suerte y consiguieron salir con vida de aquel infierno.

Pronto, los romanos expulsados al otro lado de las murallas recibieron refuerzos, pero desconocían la cantidad de habitantes que había en la ciudad.

Durante un tiempo la mujer que lideraba la ciudad se encargaba todas las noches de encender las chimeneas para que los romanos, al ver fuego, pensasen que había gente y descartasen la idea de atacar de nuevo. Poco a poco los romanos iban muriendo de hambre o se rendían ante tanta espera. Pero no solo morían soldados sino que también la gente que había sobrevivido dentro de las murallas. Appius y su amigo Octavius ayudaban a la mujer a encender las chimeneas. Al llegar el invierno, Atia enfermó, pues la poca comida que tenían la repartía entre los demás. A los cuatro días murió dejando un vacío que nunca podrían llenar.

Poco tardaron en quedarse sin nada con que llevar a la boca así que decidieron tomar a los que morían como alimento.

Aguantaron así dos meses, hasta que aquella misteriosa mujer, cada vez más delgada y débil, enfermó; una extraña enfermedad hizo que sus manos, tan ágiles y certeras tiempo atrás, se volvieran torpes y temblorosas. Su cuerpo se encogió y mermó hasta lo inimaginable. Octavius y su amigo intentaron mantenerla caliente tapándola con pieles de cabra cerca del fogón que ardía día y noche dentro de la estancia.

El día primero del año 69 a. c. la misteriosa mujer dejó de respirar sumida en la oscuridad de la noche. Al día siguiente Appius al ir a llevarle un pocillo con la leche de la única cabra que quedaba en la ciudad, descubrió que estaba muerta.

Los romanos ya habían abandonado el campamento y el valle estaba desierto.

A los dos días los pocos habitantes que quedaban en la ciudad la enteraron en lo que quedaba del Planillo de San Andrés. Con una lápida que rezaba:

"Aquí yace la Dama de Calagurris, que dio la vida con honor hasta sus últimos días por nuestra ciudad".

¤¤

En la actualidad podemos ver en el centro de Calahorra la estatua de una señora con un cuchillo en una mano y un brazo en la otra, en señal de agradecimiento y respeto hacia ella.

LA DAMA DE CALAHORRA.